

un movimiento estudiantil fuerte, ni con un frente de enseñantes amplio. Al menos para iniciar o continuar esa guerra es de lectura obligada el libro de los autores que hemos intentado glosar.

¹ L. Gómez Llorente-Victorino Mayoral: *La Escuela Pública Comunitaria*. Ed. Laia. Barcelona, 1981.

² Ob. cit., pág. 138.

³ Entrevista con P. Martínez Fuentes. *Cuadernos de Pedagogía*. Ed. Dédalo.

⁴ A. Moncada: *Educación, aparcamiento de menores*. Ed. Dédalo.

⁵ Ver art. «El paro de los Licenciados». *El País*, 17 de enero de 1982.

EL TIMO DEL MITO «NOSTRADAMUS»

Reyes Mate

La historia de los libros es tan inextricable como la de cualquier otro aspecto de la vida de los humanos. Pocos son los libros buenos a los que se les ha reconocido su valía desde el primer momento: la mayoría de las obras importantes conocidas han tenido que esperar mejores tiempos, casualidades venturosas. A veces se consigue que la buena ventura de la circunstancia fortuita permita descubrir la calidad intrínseca del libro. Pero hay otras en las que el éxito espectacular de la obra lo único que descubre son sus reforzantes desnudeces.

Este último puede ser el caso del *Nostradamus*, *historiador y profeta* (*). Un libro que, por caminos imprevistos, está consiguiendo que se ha-

gan verdad las aspiraciones del mago provenzal del siglo XVI: ser conocido por todo el mundo. Casi un millón de ejemplares vendidos en pocos meses; veinte millones de pesetas por los derechos de traducción al castellano, traducciones en inglés, italiano, alemán, japonés, griego..., primeras portadas en las grandes revistas de todo el mundo.

Viejo proverbio es el de que no todos los libros que se compran se leen. Y, desde luego, menos en este caso. Porque no es éste un libro entretenido, precisamente. El viejo mago francés escribió unas cuatro mil estrofas sobre futuros acontecimientos. Pero no las entiende él como un poema con orden lógico y cronológico, de tal manera que la lectura progresiva de las predicciones vaya ofreciendo en *video* el decurso del futuro tal y como se dará. Para Nostradamus cada estrofa tiene una entidad propia independiente de la anterior y posterior. El colocarlas en orden es asunto del descifrador, en este caso de Jean Charles de Fontburne. Lo que Nostradamus entrega es un *puzzle* y lo que de Fontburne hace es jugar a montarlo. Se trata, por tanto, de unos ochocientos pequeños capítulos —tantos como estrofas estudiadas— de constantes repeticiones sobre unos pocos temas: judíos, moros, herejes, santos reyes, papas e iglesias, guerras y desventuras. Para acabar de entender lo del aburrimiento hay que tener en cuenta que cada uno de esos ochocientos capitulitos está compuesto de tres cuerpos: la estrofa-profecía propiamente dicha, que está en versión original y que no es accesible al francófono corriente porque es un francés arcaico. Por eso ha colocado de Fontburne una traducción al lenguaje moderno que ya es, de por sí, una considerable

interpretación. Y, finalmente, un titular a todo ese complejo que es una aplicación de la profecía a la realidad actual. Nostradamus pone la estrofa en el francés antiguo y de Fontburne añade la traducción-interpretación y el titular. Una estructura literaria que no invita, seguramente, al apasionamiento.

¿Por qué, sin embargo, el éxito? Jean Charles de Fontburne ha explicado cómo se gestó la obra. De sí gusta decir que es «pequeño cuadro provinciano de la industria farmacéutica», pero hijo de un padre que durante treinta años se entretuvo en descifrar a Nostradamus. Como se le ocurrió predecir el fracaso de Hitler, los nazis le quemaron el libro. Nadie daba un duro por la obra del hijo, quien tuvo que echar mano de todas sus amistades para que le editaran en una pequeña editorial un libro que, en los seis primeros meses, transcurrió sin pena ni gloria, aunque consiguió vender cinco mil ejemplares. Pero ocurre que el día 10 de mayo los socialistas ganan las elecciones francesas, contra todo pronóstico, y el día 13 de mayo se produce el atentado del Papa. Estos dos hechos significan el detonante del gran *boom*. ¿Lo había predicho Nostradamus? Eso empezó a crear la opinión pública, aunque lo que dice es exactamente lo siguiente: que el Papa no vaya a Lyon porque le matarán después de la victoria de la rosa. El Papa no muere, el atentado se produce en Roma y habría que demostrar que el triunfo de la rosa es la victoria socialista. Es igual. Son muchos los que así lo creen.

Parece, por tanto, que en el éxito de la obra han concurrido tres factores: el primero, el atentado al Papa después del triunfo de Mitterrand. Como ya se ve, lo ocurrido no coin-

cide con lo pronosticado, pero al público lector le han bastado esas aproximaciones para levantar un altar al dúo Nostradamus-Fontbrune; el segundo, una feliz —para el autor— coincidencia entre los presagios negros de cualquier agorero y la situación del miedo que hoy reina por doquier. Los intentos de magnicidios ocurridos en 1981, la relación entre la espectacularidad de Juan Pablo II con el destino de Polonia, que en el libro ocupa un lugar relevante, la crisis económica mundial, sin olvidar el incremento de la tensión Reagan del Oeste-Breschnev del Oriente; todos son elementos que provocan en los mortales mayor secreción de necesidad de lo irracional en cuyo regazo busca amparo.

La izquierda francesa no se ha sentido alagada por el Nostradamus en cuestión ya que vincula la victoria del socialismo con un período desestabilizador que acabará cuajando en una Tercera Guerra Mundial. Tampoco la Iglesia estaba contenta, pues ese nuevo apocalipsis dejaba chico en el asunto del terror a todos los suyos; por eso pedía el obispo de Marsella que los franceses lean el apocalipsis de San Juan y se dejen de magos provenzales.

La tercera razón del éxito la constituye esa gran masa de compradores del libro que, seguramente, no han leído la parte de Nostradamus, quedándose con las espectaculares titulaciones del intérprete Fontbrune y llegando todo lo más a sus arbitrarias traducciones-interpretaciones. «El pequeño cuadro provinciano de la industria farmacéutica», fajado con la autoridad del atentado al Papa que él ha sabido capitalizar, se ha convertido en el coco del ciudadano de a pie. Si el lector se molestara en leer a Nostradamus se

quedaría perplejo ante lo incomprendible de las predicciones, sorprendido de las piruetas mentales del mago y cerraría el libro con la única preocupación de saber si la pasta invertida en el abultado volumen valía la pena.

Más que un libro de reseña éste es un fenómeno para sociólogos. Porque ni los filólogos pueden comulgar con ruedas de molino, ni los historiadores entender esta extraña trama de sucesos, ni los teólogos concordar con las especulaciones sobre lo divino y humano que aquí se ofrece. Y, sin embargo, a pesar de todos estos inconvenientes literarios, *Nostradamus, historiador y profeta* no puede ser silenciado. De él saben los que no leen críticas de libros y con él especula la prensa que tiene que vender ilusiones o terrores para que el negocio marche. Lo que sí se puede decir es que para esos intereses y necesidades psico-sociales la historia de Nostradamus es sólo un pretexto que «si non e vero, e ben trovato». Lo que sigue en pie es el desafío de nuestros conciudadanos dominados por el terror y la inseguridad.

(*) Jean Charles de Fontbrune: *Nostradamus, historiador y profeta*. Ed. Borcanova. Barcelona, 1981.

UNA GRAN NOVELA PORTUGUESA

Luis Suñén

Para no perder la costumbre, quizá sea preciso comenzar este comentario con una,

si no larga sí dolida, lamentación sobre el desconocimiento general de la más actual literatura portuguesa en España, sobre la distancia irritante que todavía parece haber entre dos culturas llenas de puntos comunes. Ni la cercanía física, ni siquiera el haber pasado casi paralelamente por períodos históricos parecidos han sido suficientes para alentar las posibilidades de un conocimiento real muy lejos de verse cumplido. El mero hecho de no poder dar nada por sentado a la hora de hablar de la literatura portuguesa actual —esa obligación de comenzar con un capítulo de disculpas, con la cita a Virgilio Ferreira, Fernando Namora, Jorge de Sena o Manuel Torga— es un indicio bien claro de nuestra general ignorancia. Decimos Peter Handke, Günter Grass, Patrick Modiano, Allan Sillitoe o Leonardo Sciascia y sólo su nombre es suficiente para situar de seguido su obra y su figura. No ocurre eso con casi ningún escritor portugués del presente. Lo que no deja de ser un síntoma, y no precisamente bueno.

Nos llega ahora este *Lo que dice Molero* (*), uno de los mayores éxitos de ventas en los últimos años en Portugal —diez ediciones entre 1977 y 1979— que, además, supo concitar el entusiasmo de la crítica tan unánimemente como las multitudinarias intenciones lectoras. La condición de *best-seller* ha alcanzado entre nosotros —y con toda lógica, dados los planteamientos editoriales al uso y la escasa relación entre valores cualitativos y cifras de venta que suele darse en nuestra producción librera— un notable grado de no credibilidad. Un éxito de ventas es, a menudo, también una pésima novela —si de narrativa se trata— y su buena carrera comercial